

“Loado seas mi Señor por nuestra hermana la muerte corporal”

Textos para volver a pasar por el corazón



MARIA ANA MOGAS, UNA VIDA, UNA OBRA, UN CARISMA

“Tantos acontecimientos, una vida tan intensa, no deja de pasar factura en la persona misma de la Fundadora. Pese a su habitual buena salud, en la plena madurez, de sus 51 años (1878), se ve afectada por un primer ataque de apoplejía. Con ello se iniciará un gradual agotamiento del que nunca ya se recuperará totalmente, antes al contrario, se irá agravando cada día más. A pesar de ello, (...) podemos comprobar que su debilitamiento físico no será causa de retraimiento en la tarea fundacional y expansiva sino todo lo contrario: la última década de la vida de M^{ra} Ana, acompañada definitivamente por una enfermedad que cada vez hace más mella en ella, es precisamente aquella en la que más viajes hace, más gestiones realiza, más casas abre... “Todo lo puedo en Aquél que me conforta”. Con la permanente punzada del dolor de la separación, que la acompañará siempre, éstos son años de máxima fecundidad espiritual: fundadora en despliegue, madre, hermana...

Pero su naturaleza no resiste más. El Señor debe de considerar que ha cumplido su misión. El agravamiento definitivo de la salud de M^{ra} Ana se produce a finales de mayo de 1886. Buscando un ambiente más saludable se retira a la villa de Fuencarral, en donde reside hasta su muerte, que ocurre el día 3 de julio de este mismo año, a las 12 de la mañana. Tenía 59 años. En la hora de la verdad, sus últimas palabras recogen abreviadamente toda una vida de fidelidad, de entrega y se constituyen en un auténtico tesoro espiritual para el Instituto: “Amaos. Caridad, caridad verdadera. Amor y Sacrificio”. Profundamente afectados por semejante pérdida, cuantos la conocieron decían “ha muerto una santa”.

Sus restos reposan en Madrid, en la Casa Madre del Instituto. El 6 de octubre de 1996, para alegría de sus hijas y toda la Iglesia, fue proclamada beata por S.S. Juan Pablo II, quien, en la homilía de la Beatificación dirá de ella: “la M. M^{ra} Ana Mogas supo responder al amor de Dios y dar así abundantes frutos. Ella (...) forjó, junto al sagrario y a la cruz, su espiritualidad inspirada en el Corazón de Cristo y basada en la entrega a Dios y al prójimo con amor y sacrificio. Fiel al ideal franciscano, mostró preferencia por los pobres, capacidad de perdonar y olvidar las ingratitudes e injurias, así como la dedicación a los enfermos y a los que padecían alguna carencia.” (Pg. 12)



MARIA ANA MOGAS NOS CUENTA SU VIDA

*“A las diez de la mañana, don Félix entra en la habitación de María Ana.
—Padre, gracias por venir. Le estaba esperando.*

Acuden a la habitación las hermanas y las novicias y se colocan alrededor de la cama. Ella recibe la unción y después de comulgar dice:

—Pido perdón a Dios por todos mis pecados y por las equivocaciones y defectos de mi vida que han hecho sufrir a otras personas. Y os pido perdón a vosotras, hermanas, si en algo os he ofendido. Me declaro pobre, y os pido que los pocos objetos que tengo queden para el servicio de los pobres. Os doy un último consejo y os ruego que no lo olvidéis: «Hijas mías, amaos unas a otras como yo os he amado, y sufríos como yo os he sufrido. Caridad, caridad, caridad verdadera, amor y sacrificio

Varias hermanas repiten: «Amor y sacrificio»; saben que ha sido siempre el lema de la madre y no lo olvidarán nunca.

—Y ahora —continúa María Ana—, ya no tengo nada más que daros, solo mi bendición. Por favor, traedme a las niñas, quiero despedirme de ellas y bendeciros.

Concepción se asoma por la ventana y hace una señal a las niñas que esperan en el patio para que suban en silencio.

—Vamos a despedirnos de la madre, tirarle un beso y escuchar atentamente lo que nos diga.

A María Ana se le ilumina la cara cuando ve a las niñas en torno a su cama. Les sonríe con cariño y las consuela. Les da algunos consejos, y levantado la mano hace un gesto de bendición y les dice:

*El Señor os bendiga y os guarde,
os muestre su rostro y tenga
de vosotras y de mí misericordia.
Convierta su rostro y os dé la paz,
a vosotras, hermanas e hijas mías,
y a todas las que han de venir y permanecer
en nuestro Instituto y compañía,
bajo la advocación de la Divina Pastora. Amén.*



El día 3 de julio, rodeada de las hermanas, María Ana cierra los ojos y acude al encuentro con Dios. Su rostro ya no tiene huellas de dolor, sino que refleja una gran paz. Parece que sonríe. Concepción comunica a todas las hermanas la noticia. El párroco manda tocar las campanas de la iglesia de San Miguel para comunicarlo a todo el pueblo de Fuencarral. Cuando se entera la gente, exclama:

—¡Ha muerto la madre santa!

Mucha gente se dirige al colegio para rezar ante ella. Le piden que les cuide y proteja desde el cielo como una madre, como lo ha hecho aquí en la tierra. (Pgs. 127-128)

- ¿Con qué me quedo de estos textos?
- ¿A qué me invitan hoy?
- Si pudiésemos oír su voz, María Ana, que nos conoce, nos diría hoy: “....